

Ser persona: amar y ser amado

Si existimos, es que Dios nos quiere

Existimos, y eso significa que Dios nos ha amado, y ese amor creador nos establece en la existencia, nos da consistencia propia. Pero no como piedras o animales, sino como personas, seres libres, que pueden amar y ser amados.

Necesitamos amar sin límites.

En la entraña de nuestro ser está la necesidad de ser conocidos, comprendidos, aceptados, amados y perdonados sin límites. Pero también está la necesidad de amar, de entregarnos sin límites.

Necesitamos un Interlocutor absoluto no sólo para ser amados, sino también para poder amar y entregarnos sin límites. Alguien al que me pueda abandonar totalmente sin temor a que me falle. Porque la felicidad está en la mutua y total entrega.

¿Qué es ser persona, buena o mala persona?

Un buen conductor, un buen futbolista, un buen soldado, un buen bailarín, es alguien de quien te puedes fiar para que no te falle en su campo respectivo.

Del mismo modo, todos sabemos qué es ser “buena persona”. Es alguien de quien te puedes fiar. Alguien que, cuando se encuentra con el bien, reconoce con sinceridad su llamada, se deja implicar, y responde con generosidad: se entrega.

Todos sabemos de qué estamos hablando. Ser persona, buena o mala persona, es algo que se juega en la respuesta a la llamada del bien. Ser generoso o ser egoísta. Todos sabemos lo que es el bien y el mal. Es la respuesta al bien que me espera. Aunque nos podemos equivocar en qué es bueno o malo en concreto.

Incluso en el error, ser bueno es ser generoso, responder al bien

Aunque una persona se equivoque en qué es bueno o malo en concreto, reconocemos la generosidad y el egoísmo de esa persona en la respuesta a la llamada del bien. Reconocemos las dos cosas: la generosidad, y el error de juicio o de educación. Quizá nos da pena que esa generosidad esté mal enfocada, pero reconocemos a la persona generosa incluso cuando está haciendo algo objetivamente equivocado.

Ser persona es ser capaz de entrega

Ser persona es ser libre. Y ser libre es ser dueño de uno mismo, tener el poder real de decir que sí, de reconocer la llamada del bien, de entregarme, de hacer ese bien que está ante mí esperando que yo lo haga, que yo lo quiera, que responda y me entregue.

Esa llamada es la del Interlocutor absoluto que nos ha creado para una vida de amor, de mutua entrega. Sólo se es persona ante el Interlocutor Absoluto que es Dios.